

Nelson Antonio Gómez Serrudo ■ Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad Autónoma de Colombia.

## La séptima: a siete ritmos



Nelson Antonio Gómez Serrudo

## La séptima: a siete ritmos



cedemos a la carrera séptima bajo el lento andar del paseante, con la mirada sorprendida y curiosa que ofrece la experiencia urbana.

De lunes a viernes los horarios de las oficinas, de los planteles educativos, del comercio formal e informal, rigen su transcurrir. En las horas tempranas el movimiento de los transeúntes es veloz y agitado, la multitud se desplaza en hilillos en todas las direcciones buscando los diferentes destinos individuales y sociales; las grandes cortinas de los almacenes con su pesado sonido metálico anuncian el comienzo de la jornada.

Al caminar la calle encontramos establecimientos dedicados a venta de chance, casinos, restaurantes, droguerías, almacenes de ropa o discos, salas de cine, joyerías. Algunos locales en vidrio como los de ropa Tennis, discos la Rumbita, el Mercado del disco, permiten a la mirada profundizar en sus recodos, logrando con ese efecto virtual invadir la calle, para que el potencial consumidor pueda recorrer en detalle el recinto y acariciar con los ojos la camiseta, la falda o casi palpar y escuchar los discos que descaradamente le guían "poséeme". Esta seducción contrasta con otros espacios como los bancos que con sus casilleros de seguridad y sus accesos controlados automáticamente, restringen el paso rápido. Los casinos se insinúan descaradamente con sus tapetes rojos, sus carros último modelo y la foto de tamaño natural de un sonriente

gordo vestido de frac con un puñado ...

gordo vestido de frac con un puñado de dólares en las manos, que invita a seguir para probar suerte en cualquiera de sus máquinas o ruletas que apenas se entrevén desde la calle. Las puertas de entrada de muchas edificaciones no conducen a ningún lado, los zaguanes se hallan colmados de estanterías, vitrinas o estufas de gasolina, y allí podemos encontrar desde libros y revistas de segunda, hasta avena valluna, pandebono, cables, pilas...

La calle se ha ido poblando con diferentes personajes y oficios: vendedores ambulantes, mendigos en las iglesias, celadores vestidos de negro con gigantes perros, loteros en las esquinas, lustrabotas, esmeralderos con rigurosos horarios de oficina, vendedores de dólares, ladrones. Todos ellos apropiados territorialmente de sus calles o esquinas, como los vendedores ambulantes que han logrado legitimar de manera permanente el juego del gato y el ratón con la policía, combinando diferentes claves entre ellos, lo que les permite esconderse con rapidez cuando se acerca una "jaula" y más tarde retornar a su lugar. El cuerpo y su vestuario puede representar la oficina de negocios para los esmeralderos, los vendedores de dólares, los mendigos con la exposición de sus males y sus imploraciones, los mimos con su lenguaje corporal o las estatuas humanas y sus leves gestos. Otros en cambio, como los ladrones y los mensajeros, requieren del sigilo. Hay quienes necesitan aditamentos como cajas, cochecitos o tableros para vender discos, dulces o corbatas. Todos se apropian de la séptima en medio del barullo, los trancones, el anonimato y la desconfianza. De esta manera conviven la esperanza con la suerte, la miseria con la opulencia, el rebusque con la estabilidad.

Al mediodía y a las seis de la tarde la séptima está a reventar. Tomar un taxi desocupado se vuelve una hazaña; si alguien va de afán y pretende avanzar rápidamente entre la gente, necesita, además de la rapidez de un Juan Pablo Montoya, del quiebre de cintura de un Pibe Valderrama, o de las fintas de un Pambelé, contar con una buena dosis de paciencia para poder continuar entre los vendedores ambulantes y la multitud. El viernes en la noche el cielo se ilumina de presagios, la rumba espera latente en cualquiera de las

tabernas cercanas y el ambiente al igual que las forma de caminar se vuelven más festivas.

Los sábados en la mañana la calle se despierta con calma, desesperezándose y retorciéndose con lentitud de la agitada semana, mientras su piel de asfalto y concreto es objeto de espumas jabonosas, agua abundante y restriegos. Los empleados de los almacenes olvidan sus corbatas, sus vestidos sastres o los tacones de los días hábiles y asumen vestuarios descomplicados. En las primeras horas el andar es lento y despreocupado, en la tarde la gente se acerca a los cines y se presenta mayor agitación en el tramo de la diecinueve a la ventiseis y en centros comerciales como el Terraza Pasteur transformado en el lugar de preferencia de las citas formales, furtivas o sexuales, donde no cesan los encuentros.

Son las siete de la mañana y cualquiera sabe que en la séptima es domingo. El cansancio del día sábado se siente en los pasos lentos de quienes comienzan a llegar a la Catedral Primada, o a las iglesias de la Tercera y de San Francisco; los locales comerciales que no abren ese día servirán para colgar afiches, mantas, revistas.

A medida que van pasando las horas del domingo el movimiento, la cantidad y la diversidad de personas se va manifestando en

el colorido de las sudaderas, los tenis, las camisetas con diferentes estampados; las bicicletas, los triciclos, los patines, las patinetas enriquecen con sus variadas formas la manera de moverse en la calle. Los deportistas amateur, en ciclas, trotando o caminando se desplazan por la ciclovía, los niños con sus juguetes, los jóvenes con sus perros, los viejos con sus bastones, los usuarios de la ciclovía realizan sus circuitos con paradas en la plaza de Bolívar, Las Nieves o el parque Santander. Desde muy temprano aparecen los juegos de rana, tiro al blanco o la ruleta, los fotógrafos con llamas o caballos para la instantánea, los vendedores de libros y revistas de segunda. Las ventas de comida se acomodan de preferencia en las esquinas y allí ofrecen los jugos de naranja, zanahoria o reconstituyentes, las frutas en bolsas preferiblemente mango biche, el tinto, los chicharrones, la lechona, los tamales, las humeantes aromáticas en sus originales vehículos plagados de yerbas. Muchas de las actividades, diversiones y juegos funcionan el día domingo y rememoran tradiciones de ferias y fiestas de pueblos. En estas pocas cuerdas lo tradicional que tiene la ciudad se evidencia en sus arraigadas costumbres, juegos y comidas; lo híbrido busca equilibrar las tradiciones con lo nuevo, lo moderno se hace fugaz y el

espacio público se enriquece por la cantidad de funciones, culturas, y prácticas que se experimentan.

Cuando llega la noche, la séptima es especialmente sucia y triste. Algunos frentes de locales, cajeros o entradas de edificios son habilitados como precarios dormitorios por los habitantes de la calle, mientras en las aceras son volcadas las canecas de basura y surgen los recicladores con su costal al hombro o sus carros de balineras para dedicarse a vaciar las bolsas de basura, dando vida a lo que los otros consideran inservible. Al paso de estos habitantes va cayendo el telón de la noche con una soledad de calles y penas.

Los domingos en la noche el tiempo de la calle se detiene momentáneamente a la espera trepidante, fugaz y cíclica del lunes que se avecina. ♦



